

Isaías y la sibila Déléfica de la Capilla Sixtina

El Antiguo Testamento es el adviento de la humanidad. Un tiempo de espera hasta que el hombre estuvo realmente preparado para recibir y acoger el amor inconmensurable de Dios por medio de su Hijo. Estas dos imágenes muestran cómo “en muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas” (Heb 13 1, 1) y no solo eso, también quiso transmitirlo a los gentiles. Por ello, cualquiera que levante la mirada en la Capilla Sixtina verá a los lados de las escenas bíblicas una serie de profetas alternados con sibilas, profetisas paganas que anunciaron de diversas formas el nacimiento y muerte de Jesucristo.

Con su dedo meñique entre las páginas de su libro, Isaías muestra una expresión de inquietud. Ha leído el siguiente pasaje: “Por eso, el Señor mismo os dará una señal: una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamará “Emmanuel” (Is 7, 14). El profeta sabe que el Reino del Sur va a ser destruido, el pueblo no ha sido fiel a la promesa, pero esta profecía significa que Dios no les ha abandonado a pesar de sus actos. Miguel Ángel pinta en su bóveda, a través de sus cuerpos, el mayor relato de la humanidad. No predominan los paisajes en sus figuras, pero la expresión del profeta, sus gestos y su movimiento cuentan una historia propia que nos conmueve y, de la forma en la que lo hace arte, nos interpela. Los colores también son partícipes de esta narración: el azul celeste de la capa envuelve a Isaías en contemplación y el verde esperanza del forro se refiere al futuro, al tiempo en el que la profecía de su libro se cumplirá.

Vemos también la sibila Déléfica, de gran belleza y juventud. Sostiene un pergamino en su mano, pero mira hacia otro lado y tiene los labios entreabiertos, como si fuera a decir algo. Parece que el papel que sostiene doblado en sus manos es el oráculo de Delfos, en el que aparecen escritas las palabras que está pronunciando. A ella se le atribuye una profecía acerca de la llegada del Mesías que será entregado a manos de los infieles y coronado con una corona de espinas. Cada figura integrada en la bóveda nos recuerda de donde venimos y nos anuncia, a partir de la belleza del pincel de Miguel Ángel, lo que está por llegar.

A pesar del pecado, Dios no deja de revelarse a través de palabras y actos, pero en el Antiguo Testamento es una revelación-promesa. Hay una constante tensión hacia el futuro porque esperan el cumplimiento definitivo de las promesas de Dios. Con la llegada de Jesús en la forma de un niño se termina esta espera y se establece una Nueva Alianza, la definitiva. Jesús no es un profeta más, no viene a anunciar la palabra de Dios como algo ajeno a Él ya que es el Verbo encarnado que nos ha redimido y ha vencido a la muerte.

La senda que marcaron los israelitas puede servirnos a nosotros durante estas semanas de preparación, pues también esperamos la llegada del Mesías. Que sea este un tiempo de penitencia, en el que, como el pueblo de Israel, nos arrepintamos de nuestro pecado y busquemos la misericordia de Dios; que sea un tiempo de esperanza, en el que nos sepamos en sus manos y que sea un tiempo de alegría, en el que vivamos con ilusión la expectación que nos llena al presentir que algo muy grande va a ocurrir. Así, cuando

hayan pasado estos días, nos sorprenderemos al descubrir que este no es el camino para llegar a la luz sino que es la forma por la que la luz llegará a nosotros llorosa y envuelta en pañales.

Señor, ¿dejaré que estas semanas pasen por mí como una rutina que se repite cada año o, como el pueblo de Israel, esperaré en tu promesa para recibirte como si fuera la primera vez? Siguiendo el ejemplo de los profetas ¿cómo puedo prepararme para tu llegada? ¿de qué manera puedo yo anunciarla?